

El vendaval filosófico

EN LA ARGENTINA NO SOBRAN HÉROES, MUCHO MENOS HÉROES EPISTEMOLÓGICOS. Bueno, en realidad tenemos uno. Tiene ojos claros, 19 doctorados honoris causa, se acaba de jubilar como Profesor Frothingham de Lógica y Metafísica en la Universidad McGill, en Montreal, Canadá, y, para muchos, es el mayor filósofo argentino vivo. Mario Augusto Bunge está empeñado en retener sus títulos unos cuantos años más: a los 90 su pasión, fortaleza y lucidez siguen intactas.

En marzo pasado volvió a la Argentina. En cualquier país desierto, la Facultad de Filosofía y Letras, las autoridades estudiantiles y académicas de la UBA y del Ministerio de Educación abrazarían a un intelectual con sus quilates. Pero para estas instituciones, Bunge siempre fue un avispon sobrevolando la carótida.

Sin embargo, esta vez algo cambió. Un núcleo de amigos le organizó una maratón de charlas en todo el país. En Rosario inauguró el ciclo lectivo de la Universidad Nacional del Litoral y dio cuatro conferencias; en La Plata habló sobre la matriz filosófica del progreso científico; en la UBA sobre socialismo y filosofía de la ciencia.

Mientras los auditorios colapsaban y los medios le suplicaban un hueco en su abigarrado tour, Bunge visitó a familiares, invitó a sus amigos a cenar y recibió dos distinciones: una de la ciudad de Santa Fe, que lo nombró Visitante Ilustre; y otra de la Legislatura porteña, que lo declaró Personalidad Destacada. Allí agradeció cierta falta de hostilidad. “Mis canas deben dar lástima”, musitó.

Pero fue la calma antes de la tormenta. Dio cuatro reportajes que dejaron un tendal de egos golpeados, corporaciones aturdidas y gremios malheridos. La pseudociencia en general —el psicoanálisis y las medicinas alternativas en particular— no figuraban en su agenda. Pero hacer hablar a Bunge de temas con calado popular (a pocos les interesan sus aportes a la filosofía política, la bioética o la física teórica) ayuda: siempre regala algún titular incendiario.

Dijo al Diario Perfil que para impulsar la psicología científica en el país había que cerrar la Facultad porque “no cumple sus funciones”, despedir a los viejos profesores e invitar a psicólogos auténticos. “Así, en veinte años, habrá un núcleo con masa auténtica para que haya investigación en el país”. Para Bunge, reducir la psicología al psicoanálisis (doctrina que aún prevalece en esa Facultad) “es una estafa a los estudiantes y a los contribuyentes”. Acto seguido, la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA) distribuyó una gacetilla titulada “En defensa de la salud mental de la población”. Para lograrlo no se atrevieron a sugerir un suicidio en masa. Pero, metafóricamente, celebraron un ritual parecido: los directivos de la APBA vincularon a Bunge con la promulgación de la Ley de Salud Mental Nacional, demorada en el Senado, y la reacción ante ésta de “los sectores ligados a los medicamentos”. La APBA también imaginó un complot mediático y relacionó las declaraciones de Bunge con la intervención fascista de Ottalagano e Ivanisevich en esa facultad y la desaparición de psicólogos y estudiantes durante la dictadura. “El argumento según el cual el psicoanálisis debe ser bueno porque fue combatido por la dictadura militar se parece a este otro:

la mafia italiana debe haber sido buena porque fue combatida por Mussolini, quien no toleraba competidores”, ironiza Bunge.

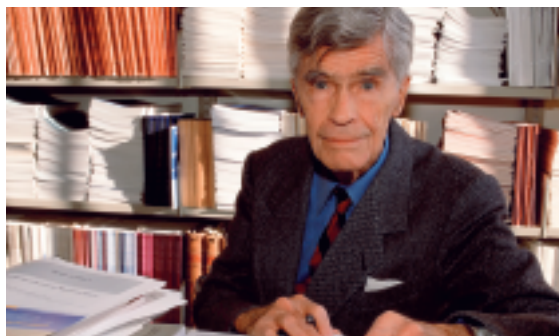
El Colegio de Psicólogos de Córdoba también repudió sus dichos. No por confundir la psicología con el psicoanálisis: Elsa Bravo, presidente de ese Colegio, asume que ambas disciplinas son lo mismo, y lo acusó de promover “la instalación definitiva de una concepción de la salud biológica y mercantilista”, cuando la vocación científica de Bunge siempre fue sistémica y su filosofía económica está en las antípodas del neoliberalismo. “Es una campaña sindical: defienden su derecho a cobrar por embaucar, en lugar de probar la eficacia de sus verboterapias”, replica Bunge.

El último fusible en saltar fue una serie de cursos de Posgrado en

Homeopatía, Medicina Ayurveda y Medicina Tradicional China y Acupuntura que iba a dictar la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). “Esto es volver a la Edad Media”, impugnó Bunge en La Voz del Interior. Gustavo Irico, decano de la Facultad, defendió los cursos por ser “informativos”, negándoles su carácter de posgrado. Pero lo eran: su costo oscilaba entre los \$ 4.800 y 16.000 y se realizaban en el marco de una Secretaría de Graduados a cargo de dos médicos homeópatas, Manuel Jofre y René Llabot. Las palabras de Bunge y el asombro de Mario Fernández, presidente del Colegio de Médicos de Córdoba, obligaron a la UNC a suspender la iniciativa.

Guillermo Alonso, jefe del Servicio de Acupuntura del Hospital de Clínicas Nicolás Avellaneda, de Tucumán y formado en la Universidad de Medicina Tradicional China de Tian Jin, adonde asistió gracias a un convenio con el CONICET, celebró la polémica: “Permite discutir algo que estaba oculto”, dijo, seguro de que las credenciales que obtuvo para ejercer su especialidad legitiman científicamente las agujas chinas. ¿Hace falta la indignación de una autoridad académica para investigar las ilusiones de curación que prometen las medicinas alternativas? Hubiera sido mejor que no. Por ahora, Mario Bunge, el joven superhéroe epistemológico, habla y desata vendavales en una universidad de gestión lenta, aferrada a dogmas y, en muchos casos, esclerosada.

AGOSTINELLI es periodista. Fue cofundador del Centro Argentino para la Investigación y Refutación de la Pseudociencia alentado por Bunge en los '90. Es autor del blog Factor 302.4 (factor302punto4.wordpress.com).



MARIO BUNGE: Para muchos, el mayor filósofo argentino vivo.

La pseudociencia en general y las medicinas alternativas, en particular, no figuraban en la agenda del epistemólogo.